

Pensar la construcción historiográfica desde su complejidad operativa: entrevista al historiador Fernando Betancourt Martínez*

Think about historiographical construction from its operational complexity. Interview with Fernando Betancourt Martínez

Daniel Ovalle Pastén**

PRESENTACIÓN

En un mundo académico tan vertiginoso como el que conocemos, donde la competitividad entre académicos e investigadores es un verdadero campo de batalla reflejado en la pugna por los proyectos de investigación y las publicaciones indexadas, se hace difícil encontrar espacios de reflexión desde donde mirar holísticamente la producción de algún intelectual o científico. Nos parece que una entrevista es una herramienta útil para, de alguna manera, intentar mejorar los daños producidos por este fenómeno, cultural y mercantil de la ciencia en general.

Dentro de la disciplina historiográfica latinoamericana, no son muchos los académicos dedicados a cuestiones teórico-epistemológicas. El profesor Fernando

Betancourt Martínez, académico e investigador a tiempo completo del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de México, es uno de ellos. Desde la lectura crítica de autores como Michel Foucault, Sigmund Freud, Michel De Certeau, Paul Ricoeur, Jörn Rüsen, Hans Blumenberg, Niklas Luhmann y Humberto Maturana (por nombrar los más conocidos), ha establecido sistemáticamente una serie de evidencias argumentativas en dirección a la construcción del saber histórico contemporáneo, tomando los aportes intelectuales como verdaderas “cajas de herramientas” (a decir de Foucault) para establecer un conocimiento propio y distintivo. Desde el rol metafórico en la historiografía, del psicoanálisis en la lectura del pasado, hasta la propuesta de pensar la escritura de la historia como un “sistema operativo” – desde la teoría de sistemas en Luhmann – hacen que los aportes¹ del profesor Betancourt sean un valioso aporte para pensar, no sólo la disciplina a la cual nos dedicamos los historiadores, sino

¹ *Historia y cognición: una propuesta epistemológica desde la teoría de sistemas* (México: Universidad Autónoma de México – Universidad Iberoamericana, 2015); *El retorno de la metáfora en la ciencia histórica contemporánea. Interacción, discurso historiográfico y matriz disciplinaria* (México: UNAM, 2007); *Historia y lenguaje. El dispositivo analítico de Michel Foucault* (México: UNAM, 2006); “El saber histórico como acontecimiento: circularidad y operación sistémica”, *Historia y Grafía* 41 (julio-diciembre 2013); “La fundamentación del saber histórico en el siglo XX: investigación social, metodología y racionalidad operativa” *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*: 40, (julio-diciembre, 2010); “Teoría e historia. Los signos de una transformación. Observaciones a propósito del diálogo de historiadores” *Estudios de historia moderna y contemporánea de México*: 21, (enero-junio, 2006); “Historia, ciencia y narración: el orden del decir”, *Historia y Grafía*: 24 (2005). Para el lector interesado se recomienda visitar el sitio web <http://www.historicas.unam.mx/> lugar donde se encontrará parte de su producción (libros) en formato PDF en descarga gratuita.

* Realizada el miércoles 24 de febrero del año 2016 en las dependencias del Departamento de Historia de la Universidad Iberoamericana (Ciudad de México), en el marco del Congreso Pensar la Historia del Tiempo Presente, 22-26 febrero 2016.

** Profesor Historia y Geografía (UPLA), Magister en Historia (PUCV) y Candidato a Doctor en Historia por la Universidad de Chile (becario Conicyt) ovalle.daniel@gmail.com. Agradezco, por cierto, la buena voluntad del profesor Betancourt para conmigo en toda mi estadía en México, así como la constante comunicación académica establecida hace algunos años.



también el pasado mismo. Sus aportes en la academia mexicana están siendo altamente valorados (prueba de ellos son sus redes académicas con el Colegio de México y la Universidad Iberoamericana, entre otros), y lentamente comienza a ser leído en otras latitudes. Esperamos que esta entrevista siga esa huella, para que colegas y estudiantes puedan interesarse en una escritura diferente y estimulante, muy actualizada en lo referente a la filosofía de las ciencias y en particular, pensar *históricamente* nuestras producciones del pasado.

Daniel Ovalle (D.O): Estimado profesor, ¿podría explicarnos la dedicación exclusiva que entregado a la reflexión en teoría de la historia?

Fernando Betancourt (F.B): Debo decir que, al principio, cuando me encontraba estudiando mi licenciatura en historia, no tenía ningún proyecto de dedicar ni siquiera mi tesis a algún tema vinculado a este tipo de reflexión que conocemos como teoría de la historia, yo iba a realizar una investigación empírica como todo investigador de mi generación. Pero en algún momento, me di cuenta que había un problema: si la historia se presenta como conocimiento desde el siglo XIX, una forma de saber específico – incluso ya la vieja escuela histórica alemana sería la encargada de institucionalizar esta visión, permitiendo su entrada a las universidades, departamentos y escuelas como forma de investigación, y además como una formación académica muy estricta –, si la historia era eso, una forma de saber, la pregunta era más bien, no a partir de qué procedimientos construía las representaciones del pasado para validarlas, sino por qué es el

conocimiento en general. Si la historia es un conocimiento particular frente a otras formas de saber, me parecía válido preguntarme por el conocimiento, lo que me llevó a preocuparme por cuestiones diferentes. Traté de averiguar las dimensiones de esta pregunta (ni siquiera para contestarla) leyendo autores que generalmente no eran muy leídos en ese momento, entre ellos Michel Foucault, Derrida y otros de ese nivel reflexivo, lo cual implicaba tener conocimiento de la discusión filosófica más general. Entonces me fui introduciendo en estos terrenos, y sí, el primer acercamiento fue a partir de la obra de Michel Foucault, en especial sus primeros trabajos, no los últimos, ni siquiera *La historia de la sexualidad*, sino estos trabajos que parten desde la *Historia de la locura* hasta *El nacimiento de la prisión* y quizás hasta el primer volumen de la *Historia de la sexualidad*, trabajos que tienen que ver con un intento de visualizar las condiciones de posibilidad del saber moderno, eso fue lo que me atrajo. No sé si fue la teoría de la historia lo que me interesaba, lo central era historizar las modalidades del conocimiento, en la cual la historia es una de ellas.

D.O Su libro *El retorno de la metáfora en la ciencia histórica contemporánea* trata de la transformación de la teoría de la historia desde el siglo XIX hasta la segunda mitad del XX. Se podría referir a la relación de ese fenómeno teórico en la disciplina histórica con lo que usted llamó el “retorno de la metáfora” en la historiografía, donde hay además un rechazo a la tesis de Frank Ankersmit.

F.B: Primero me refiero al trabajo del retorno de la metáfora en la ciencia histórica, que fue mi último intento en el campo de la teoría de la historia, precisamente por intentar visualizar cuál es la condición del saber histórico en particular, lo que me llevó a un tema que me parecía oculto y que está



inmerso en una vieja discusión desde el siglo XIX: ¿Cuál es el estatuto de la disciplina?, saber si la historia es una ciencia empírica o más una ciencia de la comprensión y la interpretación; una ciencia (en el vocabulario de la vieja filosofía de la ciencia) que tiene contenido sintético o más bien una ciencia analítica que construye generalizaciones sin una base sólida. Esa era la discusión desde el XIX y la primera mitad del siglo XX, saber cuál era el estatuto del saber histórico. Me pareció que por debajo de estos intentos de elevar la cientificidad de la historia bajo el modelo estándar de ciencia que ha manejado la filosofía de la ciencia (que viene del empirismo inglés del siglo XVII), incluso por debajo de la presunción de que la historia producía conocimientos específicos del pasado, me parecía que sus potencialidades cognitivas estaban en un ámbito de un manejo del lenguaje que no era el clásico lenguaje de la ciencia; y que en ese lenguaje, a diferencia de lo que uno debería presuponer de los lenguajes científicos que son unívocos, me pareció que el lenguaje de la historia (y de las ciencias sociales en general) eran lenguajes que caían más dentro de la hermenéutica y del problema de la interpretación. Me pareció, en ese momento, que el elemento clave era precisamente la metáfora, gracias al acercamiento previo que tuve con una obra que sigo leyendo – incluso ahora le dedico un seminario en la Universidad Autónoma de México – que es la de Han Blumenberg (uno de mis autores centrales), en especial su famoso libro *Paradigmas para una metaforología*, allí Blumenberg independiza la discusión de la metáfora de su marco previo (su carácter retórico) a la vez que deja de ser un tropo, convirtiéndose en una condición cognitiva de los seres humanos: el saber humano para Blumenberg es un saber que se constituye en términos de proceso metafórico. En tanto que no tenemos una relación directa con lo real, esta relación es mediata, toma senderos

que posibilita todo decir sobre la verdad. Así lo real tiene, siempre, un componente metafórico. Incluso me llamó la atención su visión de la historia de los conceptos, pues a diferencia de otros tratamientos como el de Koselleck, los conceptos en Blumenberg tienen un componente, un núcleo metafórico que inhibe toda forma de conceptualizar el mismo concepto bajo los términos clásicos, como por ejemplo los kantianos. Detrás de todo concepto hay una metáfora, pero aquella es central precisamente para la funcionalidad de los mismos. Entonces, hay una función cognitiva en la metáfora que me pareció interesante explotar en el campo restringido del saber histórico. Eso suponía pasar revista al cambio en las propias formas de entender la reflexión sobre las ciencias en general, y la historia en particular, que es la primera parte del libro. Ya en la segunda parte retomo esta consideración de Blumenberg por un lado y también la de Paul Ricoeur, por el otro, con ese gran texto *La metáfora viva*. Hay un esfuerzo paralelo en Ricoeur de hasta cierto punto independizar la metáfora no como una función expresiva, al nivel lexical de las frases; sino de una dimensión más amplia: la del discurso, por tanto, un factor global.

D.O: ¿Nos podría comentar qué lugar ocupan (y por qué) las figuras de Michel Foucault y de Michel de Certeau en su itinerario de trabajo?

F.B: Debo decir algo antes. Sin duda soy tributario de lo que he leído y de los autores que me han atrapado, pero he intentado establecer formas de leer a estos autores. El caso de Foucault es casi paradigmático en mi caso personal, porque no me interesa tanto su pensamiento, incluso muchas veces me desentiendo de estas figuras como “personajes” históricos (de sus vidas). Me interesan mucho más los textos como acontecimiento escriturístico y cómo estos libros abren perspectivas que van mucho



más allá de la adscripción a una teoría. Pienso en De Certeau, Foucault, Derrida incluso Blumenberg. Me quedo más con esa imagen evocada por Foucault de los textos como *cajas de herramientas*. Hay una apertura en el acto de leer que no se puede controlar, una pluralidad de posibilidades de leer. Una de ellas es leer a partir de problemas específicos y cómo en esos autores encuentro herramientas para pensar de otra manera problemáticas no necesariamente como ellos lo hubiesen pensado. Eso me enseñó Michel De Certeau, incluso ha cambiado mucho mi manera de acercarme a su obra. Yo empecé a leerlo muy temprano, sobre todo ese gran libro *La escritura de la historia*. Ahora me ha interesado más leerlo en sus planteamientos epistemológicos, por ejemplo, hay un texto que he estado trabajando mucho: *La ruptura instauradora* (hay ya una traducción en la editorial argentina Katz) que viene en esta antología titulada *La debilidad del creer*. Título muy evocador. Este texto que en principio iba a ser su tesis doctoral en teología, terminó para mí en una plataforma de reflexión epistemológica general. Estos planteamientos de corte epistemológicos están presentes en sus escritos sobre el fenómeno de la mística de los siglos XVI-XVII y por su puesto su gran lectura de Freud, que es otro de mis grandes temas de interés, el psicoanálisis freudiano, no el psicoanálisis en general, de hecho, llegué a Freud por las lecturas de De Certeau. Mi tesis doctoral está dedicada a esta relación psicoanálisis-historiografía en la obra de Michel De Certeau. Ahora he vuelto a su lectura, pero en términos epistemológicos, por lo que De Certeau ha sido una pieza clave en este itinerario intelectual personal. He aprendido a leer en ellos, una actitud reflexiva que tiene implicaciones éticas. El cómo se ubica uno en el ámbito de la reflexión, lo que lleva incluso a esquivar estos demonios de los egos, de la fama académica, de los prestigios académicos y

más bien verlos como una forma de vida, de existencia, como se pone uno en su propio presente. Siempre bajo el supuesto de que poco sabemos, por más que leamos, poco sabemos. Solo podemos enfrentar problemas para plantear otros problemas, pero bajo el supuesto de que las grandes certezas están muy fuera de nuestras posibilidades de acceso. Se me viene a la mente algo más sobre Foucault que tiene que ver con este itinerario de vida. Yo empecé dando clases de Foucault acá en la Universidad Iberoamericana (antes que en la UNAM que es mi lugar de trabajo hoy), Universidad jesuita que se ha caracterizado por dar impulso a las humanidades (filosofía e historia en particular) muy típica de cierta clase de jesuitas. De Certeau sería el caso más notable. Y comencé intentando revisar casi la totalidad de su obra, y ahora en los últimos años me he dado cuenta que no puedo hacer tal cosa. Ya no me interesa tanto la apropiación general de las obras, me interesan particularidades muy específicas, textos muy específicos, donde el caso de Foucault es relevante. De él me ha interesado mucho particularmente *Las palabras y las cosas*. Para mi tema, mi enfoque, ese es el texto. De hecho, en algunos postgrados (maestría y doctorado) he dado cursos sólo de ese texto, leyendo ese libro a lo largo de un semestre, explorando sus posibilidades internas. Antes daba clases de Foucault y leíamos partes de textos, nunca un libro completo. Les digo ahora a mis alumnos que eso era hacer “pedacería foucaultiana”: suponer que podemos leer ciertas partes y decir que ya eres una autoridad en Foucault. No me siento foucaultiano ni una autoridad en su obra, ya lo supe, me costó tiempo en saberlo. Ahora me interesa explorar con mayor detenimiento ejercicios de lectura, ciertas obras, lo estoy haciendo ahora con Blumenberg. Su gran texto *La legitimación del mundo moderno* (en la traducción al español). Me dan pie para todo un seminario



incluso, tratando de ir explorando no sólo el texto sino las conexiones complejas que se dan con otros autores, las discusiones que se posibilitan, entonces aparentemente es muy vertical la lectura, pero lo es también horizontal, transversal, pues a veces un libro abre la puerta a muchas discusiones y otros autores. En ese sentido ha cambiado mucho mi perspectiva. Con respecto a Foucault, me interesan ahora sus primeros textos dedicados a la psicología, de hecho, él comenzó dando clases de psicología. Tiene tres textos cortos y un libro al respecto, su primer gran libro, que lleva por título en la primera edición en español *Enfermedad mental y personalidad*; uno de los textos más interesantes por su visión histórica es “La psicología de 1850 a 1950”, lecturas que pueden ser exploradas en lo que ahora es mi interés: plantear una epistemología histórica respecto a ciertos campos de saber, como la historiografía, que parecieran dirigirse hacia el ámbito de la subjetividad humana de manera más importante que la misma filosofía, como lo son el psicoanálisis o la psiquiatría.

D.O: El año pasado ha salido publicado su último libro titulado *Historia y Cognición. Una propuesta de epistemología desde la teoría de sistemas*. Desde la teoría sistémica de Niklas Luhmann usted apela a la “circularidad del conocimiento histórico”. Nos podría introducir en esta problemática.

F. B: Debo decir que me resistí en un comienzo a plantear un libro en donde la obra de Luhmann fuera tan central, de echo cuando comencé escribirlo no lo tenía planeado tal y como apareció, estaba pensado como una primera aproximación a los planteamientos epistemológicos de Luhmann, pero finalmente salió un libro que entró de lleno en otro tema, que guarda directa relación con mis lecturas de Michel De Certeau a raíz de su idea de *operación historiográfica*. La pregunta que me formulé

(incluso está presente en el libro sobre la metáfora) es si se puede describir el saber histórico como una forma operativa, como un régimen operativo, y qué implicaciones tiene el concepto de operación. Eso me llevó cada vez más, no solo a Luhmann, sino a la teoría de sistemas en general, porque si hay una noción clave en esta teoría es la de “operación”: no se entiende un sistema sino es como un sistema operativo, donde además ese sistema tiene capacidades de reproducirse a sí mismo a partir de reproducir sus propias formas operativas. Me pareció que la historia es una forma operativa que reproduce sus propias operaciones, incluso llego a plantear previamente, que la historia no se queda en la validación de sus interpretaciones sobre el pasado, en esta dimensión de ciencia del pasado que construye conocimiento sobre ese pasado (más o menos objetivos) sino más bien esquivando siempre esa problemática y más bien, como lógica operativa, la investigación histórica tiene como fin reproducir las propias condiciones de la investigación histórica. No puede tener un fin la investigación histórica. Entonces ¿cuál es el orden que gobierna esta lógica operativa?: reproducir sus propias operaciones que son operaciones de investigación, que finalmente para mí son comunicaciones historiográficas. ¿Cuál es el objetivo de las ciencias en general?, reproducir sus propias condiciones operativas, producir más investigación. Ese texto se lo dediqué a Luhmann, por muchas razones, entre ellas la más importante, porque encuentro en la teoría de sistemas un planteamiento muy coincidente con las posturas epistemológicas de Michel De Certeau, y hasta cierto punto con el Foucault de *La arqueología del saber*, pero fundamentalmente con el de *Las palabras y las cosas*. Hay muchos cruces que van más allá de las distancias concebidas en las posturas filosóficas, me parece que ahora

esos cruces son más interesantes para mí. Entonces tuve que dar ese paso a la teoría de sistemas. ¿Por qué Luhmann?, porque dentro de la teoría de sistemas da un vuelco importante, central, que tiene que ver con un planteamiento epistemológico que he encontrado en estos autores, a saber, que el conocimiento desde el siglo XIX (plantea Foucault) puede ser tratado como disposición fisiológica (casi como una funcionalidad neuronal) y eso ha dado pie a todo el campo de las neurociencias; o por otro lado, dice Foucault, el conocimiento puede ser tratado dentro de sus condiciones históricas y sociales, donde es difícil encontrar un punto intermedio entre estas dos grandes posturas. Lo intentó en su momento Edgar Morin con sus trabajos sobre epistemología de la complejidad, donde plantea vincular las ciencias cognitivas, ésta disposición neuronal de los seres humanos con los contextos sociales y culturales, pero no ha dejado de ser una llamada de atención que no se ha concretado realmente en un ejercicio central.

D.O: En este sentido y luego de la lectura del texto ¿Cuál es la lectura que hace usted de Humberto Maturana?

F.B: Es precisamente hacia donde voy en mi respuesta, pues en esa amplia gama de perspectivas sistémicas de complejidad, de ciencias cognitivas, etc.; primero me llamó la atención que los postulados epistemológicos sean producto, no de una reflexión filosófica, sino de los propios aportes de investigación científica, como el caso de Maturana en sus enfoques de biología molecular y su noción central de “autopoiesis”, que es un producto de sus propias investigaciones. Y así otros conceptos importantes, como el de “estructura disipativa” en Ilya Prigogine, a partir del segundo principio de la termodinámica, que plantea la problemática de la entropía, donde la dimensión tiempo es

central. Ahí también el tratamiento del tiempo es producto del propio trabajo científico. Me parece que en el siglo XX cambia el centro de gravedad de la discusión epistemológica, deja de ser puramente una dimensión filosófica y se transforma en una auto-reflexión de las propias formas de saber sobre sus propias condiciones de posibilidad, y creo que ya la tesis puede ser más fuerte: ya ninguna forma de saber se puede eximir de esa auto-reflexividad necesaria que finalmente termina siendo reflexión epistemológica. Pero dentro de este gran campo me encontré con que la obra de Luhmann me aportaba, precisamente en esta bifurcación que expuse a partir de Foucault, una posibilidad de resolverla que tenía que ver con ideas previas que había ido desarrollando con mi propia discusión con la filosofía de la ciencia, porque la filosofía de la ciencia convencional no aceptaba ningún enfoque histórico respecto al conocimiento. La propia aparición de la historia de la ciencia con el caso de Kuhn, Lakatos y otros fue una violación a la norma central. Entonces mi postura era cada vez más evidente en el sentido que todo conocimiento es socialmente determinado. En Luhmann encontré la posibilidad de darle forma a esta tesis general, de hecho, tiene un libro que es la piedra de toque de toda su postura cognitiva, que es el centro de mi lectura de Luhmann, lleva por título *La ciencia de la sociedad*, y casi en los primeros párrafos dice “la ciencia es una empresa social”, donde lo central es cómo pensar la ciencia determinada por sus propias estructuras sociales, particularmente la sociedad moderna. Hay todo un planteamiento sociológico que no es simplemente la vieja sociología, por ejemplo, de Weber, ni siquiera la sociología del conocimiento de su gran maestro Talcott Parsons. Hay una postura diferente que se deriva de la gran recepción que tuvo la teoría de sistemas contemporánea, y de la gran capacidad que tuvo de leer trabajos desde diferentes

ámbitos. La tesis es que había que desarrollar una gran teoría de la sociedad y volver a plantear los grandes problemas sociológicos, donde no sean simplemente la continuación de la tradición sociológica contemporánea, sino que incluso llegue a articular una ruptura, acudiendo no sólo a la teoría de sistemas, también a los estudios de cibernética de segundo orden, de la física, de la química y más. Esto conduce a una articulación muy compleja que se presenta en su propia visión de la sociedad. Esos aspectos me llevaron a pensar una aplicación de Luhmann a partir de sus presupuestos epistemológicos, no me interesó tanto explicarlo sino sacar consecuencias epistemológicas, incluso más allá de Luhmann, pero en correspondencia con sus planteamientos generales.

D.O: ¿Podría explicarnos entonces qué significa en su propuesta pensar la producción historiográfica como “circularidad operativa”?

F.B: Esta cuestión de la circularidad es una de las grandes cuestiones epistemológicas dentro del contexto de esta epistemología transformada, que se presenta desde la complejidad y desde una epistemología histórica. En estos tres ámbitos la circularidad es transversal, como producto de la propia investigación empírica. Por ejemplo, en el ámbito de la cibernética y sobre todo en los trabajos de segundo orden como los de Heinz von Foerster. La cibernética trabaja a partir del concepto de máquinas no triviales, mientras que la de primer orden se desarrolla en términos de las mismas máquinas pero que no se controlan a sí mismas, requieren un cierto contacto con usuarios (exterior); mientras que la cibernética de segundo orden estudia sistemas que observan sistemas. Al respecto hay un gran texto de Foerster que se titula *Por una nueva epistemología* donde argumenta una cuestión importante con

respecto a las implicaciones epistemológicas de la cibernética, muy conectados con la ciencia de la informática y el desarrollo de las computadoras. Expone una epistemología constructivista, que es finalmente su gran aporte. Dice el autor: “¿cómo se reconoce un constructivista?”: por dos grandes declaraciones. Primera, toda reflexión epistemológica debe ser una epistemológica de la epistemología, donde ya se plantea una cuestión de circularidad evidente, una epistemología debe dar cuenta de las operaciones científicas sino también de sí mismas como epistemología. Incluso nos habla de una ciencia de la ciencia o una investigación de la investigación, como señala Luhmann. Las operaciones que producen los conocimientos científicos producen más operaciones de tal manera que en esa reproducción, que toma la forma de un circuito, se establecen las posibilidades de su reproducción como formas cognitivas. Segunda, todo lo que uno puede decir de esta epistemología de la epistemología, incluso todo lo que podemos decir de conocimiento científico, puede ser considerada como descubrimiento y construcción. Lo que lleva al gran postulado: la epistemología es una observación de segundo orden, es una forma reflexiva que observa las observaciones científicas, bajo un registro bien particular: observan lo que pueden ver, dice Heinz von Foerster. La observación de segundo orden ve la operación como observación en su conjunto, ve la unidad de la distinción, pero bajo una restricción importante. Esa observación de segundo grado tampoco puede ver sus condiciones de visibilidad, ignora sus propios esquemas de observación por lo que requiere otras formas de observarse a sí misma. Ahí está la circularidad, solo puede reproducir observaciones.

D.O: En un texto titulado “Sobre la necesidad teórica de la ciencia histórica” Koselleck estima nocivo tomar prestado de



otras disciplinas “teoremas colindantes” para así posicionarnos válidamente como científicos, pienso por cierto en tomar herramientas de la sociología ¿Qué le respondería UD luego de la publicación de *Historia y Cognición* en donde la teoría sociológica de Niklas Luhmann es el nudo central para comprender históricamente la propia historiografía?

F.B: Me parece que Koselleck fue un autor importante en su momento, pero ya no lo es tanto, y no porque crea tener superioridad sobre un autor ya fallecido y una obra que ya está concluida, sino por el tratamiento a un conjunto de problemas. El problema entre la relación Historia y Ciencias Sociales es uno de ellos, donde la forma de tratarlo es diametralmente diferente. Encuentro en otros autores una fuente que me permite como hipótesis sostener lo contrario que Koselleck, más aún en el libro *Historia y cognición* lo que intento describir es al saber histórico como un saber transversal, que tiene dos elementos que caracterizarían su base epistémica: por un lado, no presenta un campo objetual unificado, toda ciencia en lo ideal presentaría un campo objetual determinado, estudio una clase de objeto. La historia, desde el siglo XIX, no parece tener posibilidades de limitar uno campo objetual unitario; por otro lado, tampoco parece estabilizar un procedimiento metódico estandarizado, ni si quiera un conjunto de metodologías para aplicar a ese campo. De ahí mi descripción epistemológica de la historia, a partir de la teoría de sistemas, es precisamente cómo se producen con otras formas de saber, desde las cuales toma campos objetuales, formas metódicas, conceptos, categorías, etc. Eso no quiere decir que haya un déficit en el saber histórico sino más bien me parece que ese es su valor. Si pensamos lo que es la historia económica, que es el ejemplo más evidente, o incluso otras como la historia de clima, la historia ambiental, nos daremos cuenta de

que esas conexiones ya no son solo con las ciencias humanas sino también con las ciencias naturales y las físico-matemáticas. Me parece que no es solo la norma en campo del saber historiográfico, sino que también lo es en el campo más general del conocimiento científico. ¿Por qué ya no hago teoría de la historia?, porque incluso he tomado cierta distancia crítica de ese libro que acabo de terminar, lo decía en alguna de las presentaciones: quizás debería plantear un ejercicio de auto crítica profunda con respecto a lo que ya no me parece del libro, pero eso siempre pasa. Una de ellas es la crítica que hago del propio concepto de ciencia como unidad, y la presunción desde el siglo XIX de suponer que las ciencias existen en términos de campos unitarios, de procedimientos metódicos también unitarios y donde lo que se vuelve problemático es la relación inter o multidisciplinaria con otras formas de saber. Me parece que ese concepto de ciencia ya no opera. Lo que hay que hacer, en eso me encuentro ahora, es establecer una crítica histórica al propio concepto de ciencia. Observando los campos de saber de punta, como lo son las neurociencias o lo que ahora llaman las ciencias de la complejidad. Por cierto, la UNAM tiene ahora un centro de ciencias de la complejidad que está ya haciendo investigación bajo la idea de la transdiscipliniedad, a partir de temas comunes sociólogos, físicos y otros gestionan proyectos de investigación muy ambiciosos, donde los procesos transversales son más importantes que las unificaciones de objetos, métodos y teorías. Ahora me parece que habría que hablar de “campos del conocimiento”, donde éstos ya no coinciden con las fronteras disciplinarias que conocemos. La propia historia me parece un conglomerado, no necesariamente unitario, de formas de investigación de procedimientos específicos, de formas comunicativas. En alemán el concepto que me gusta mucho es el de “ciencias



históricas” en plural, no de la Historia (que utiliza también Koselleck), de una pluralidad que se mantiene desde el origen moderno de la historia y se profundiza en el siglo XX. En el libro hablaba de un efecto muy interesante de cómo ciertos rubros de investigación histórica tienen un efecto de conmensurabilidad, es decir de conexión, con otras disciplinas. Por ejemplo con la antropología, la historia de las mentalidades es un caso evidente; y cómo hay un efecto de inconmensurabilidad al interior de la propia disciplina con otras investigaciones historiográficas. Entonces me parece que ahora me interesa mucho el concepto de complejidad, porque induce a ponderar la necesidad de revisión histórica del conocimiento científico. Ahora el problema es cómo se construyen campos objetuales que son muy porosos en el ámbito de una sola perspectiva o de una sola disciplina.

Incluso la reflexión teórica y epistemológica han cambiado, ya no pueden presentarse normativas. La teoría ya no puede prescribir elementos, normas, comportamientos a los propios científicos, a las propias ciencias. Ahora la reflexión se coloca por detrás, más bien lo que hace es describir reflexivamente lo que ya es. Ya no podemos pensar un ideal a futuro. Se comprende una función operativa mucho más importante que la normativa. No puedo decir que la historia deba o no (en futuro) vincularse con la sociología o la antropología, cuando describo las operaciones historiográficas me doy cuenta de que eso ya sucede. Ahí hay algo muy interesante que se me presentó en mi campo de investigación y que es una bifurcación. Si uno se coloca en términos de analizar la operación, uno tiene que inhibir otro factor que pareciera ha sido importante en la filosofía de la ciencia, de epistemología y de historiografía. Suponer que la teoría de la ciencia, de la historia o de las ciencias cognitivas se pueden hacer a partir de lo que

piensan los filósofos, los epistemólogos o los propios historiadores. Yo más bien lo que intenté es sacar consecuencias de la noción de operación, pero esa noción no coincide con lo que dicen los historiadores que hace la historia. Entonces tuve que esquivar ese problema: la historia no es lo que los historiadores dicen ni lo que los filósofos dicen que es, la historia se define por su operación. Entonces me encuentro en una paradoja: describen lo que hacen como historiadores, pero al final terminan haciendo otra cosa. Entonces puede uno encontrar un historiador muy positivista en la actualidad (en México es más o menos común) que reivindica la historia objetiva sobre el pasado para entender el presente y proyectar el futuro, por ejemplo. Pero si uno revisa lo que hace como investigación nos daremos cuenta que hace otra cosa, y eso que hace coincide mucho con estas visiones que desde la teoría de sistemas se llama reflexión epistemológica. Eso también lo trabaja De Certeau, esta disrupción entre el *decir* y el *hacer* que no necesariamente coincide.

Daniel Ovalle
Febrero del 2016, México.

